

Reservados todos los derechos, para la reproducción, total o parcial de esta obra, así como la puesta en escena de la misma sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

mluzdramaturga@hotmail.com

www.mariluzcruz.com

En la autopista

M^a Luz Cruz

ISABEL.- Desde que salí por la mañana de casa el coche venía haciendo unos ruiditos bastante sospechosos... Algo así, (*Imitando el ruido*) *tro, tro, tro, como si se fuese a descoyuntar*. Harto de ponerme sobre aviso, y que yo no le hiciese ni puñetero caso decidió dejarme tirada en pleno carril de la autopista. En ese momento quería fundirme. Estaba cagada de miedo, pero no sé si fue el esfuerzo o la pericia, el caso es que logre salir de la vía y llegar al arcén sana y salva antes de ser arrollada por los coches que circulaban ¡a toda pastilla! Saltaba de alegría, hasta estuve a punto de tirarme al suelo y besarlo, como hace el Papa cada vez que baja del avión.

Cuando ya tenía a salvo el trasero, saqué mi virginal seguro de la guantera. Sí, me han oído bien, “virginal”, porque había estado guardado allí desde el día que compré el coche hasta hoy. Busqué el móvil en el bolso y... ¿Qué, cómo? ¡Madre mía, madre mía! ¡Lo había olvidado en casa! No sabía qué hacer. Tratando de hacer un trato con las alturas me puso en posición de súplica mirando al cielo y relatando, *si me sacas de esta yo te prometo que dejo de sacarles defectos a mis compañeros de trabajo*.

Después del cabreo, no tuve más remedio que decidirme a ir en busca del teléfono de emergencia más próximo. Nada más agacharme para coger el bolso, oí un coche que derrapaba, corrí rápidamente a la trinchera del arcén para protegerme. El coche era un descapotable rojo, de esos que sólo se ven en las películas y que quitan el hipo, y que siempre los conduce un tío que esta como un queso, pero en este caso, el queso resultó ser una cuajada. De él bajó un tipo,

grueso de pelo oscuro y pálido como un cadáver. *(Cambio) Cosa que llamaba bastante la atención, teniendo en cuenta que viajaba en “un maravilloso” descapotable rojo.* Se acerca y me suelta, *(Imitándolo) Oye... ¿no te habré asustado...?* Le saqué de dudas rápidamente. *¡Pues sí, y mucho! ¡A quién se le ocurre frenar así, casi consigues que me dé un infarto!* Susurrándome al oído me dice, *perdona...guapa, perdona... Oye, estás muy alterada... ¿Eres nueva en esta ruta? Porque no te había visto antes por aquí.* Era evidente que ese imbécil me había tomado por lo que no era, pero yo tomándomelo con filosofía, le solté. *No, que va, estoy aquí en medio de la nada por placer.* ¡El muy fantasma! Poniendo una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, se da prisa en contestar! *¿Placer...? De eso, yo te puedo dar en cantidad, guapísima... Ahora mismo puedo hacer por ti lo que quieras, desde invitarte a una copa, hasta...* Le corté de golpe. *¡No sigas, que ya me hago una idea! Hasta subirme a las nubes en el primer camastro que nos salga al paso, ¿no...? Sí, nena, lo has cogido rápido, veo que te sabes bien la lección.* Yo, muy valiente, o muy inconsciente, le invité a que cogiese las de Villa Diego y desapareciese, al tiempo que le decía. *Lo siento cariño, pero está a puntito de recogerme un cliente y no te imaginas lo bruto y posesivo que es. Mira si es bruto que la última vez que se me acercó un tipo le partió dos dedos, de la mano derecha, para que se jodiese un poco más.* Asustado contestó, *¡joder, con tu amiguito!* La trola que le solté me dio resultado, porque sin mediar palabra dio un golpe de volante, acelerón y el descapotable rojo y la cuajada desaparecieron como una exhalación.

Y antes de que apareciese otro individuo como ese con tan buenas intenciones... saque el triángulo del maletero lo coloqué a los cincuenta metros reglamentarios y me puse a caminar por el arcén a la búsqueda del teléfono de salvación, y ¡¡zas!! *¡Mierda, mierda, mierda!* Se me acababa de romper un tacón. *Y eso que los zapatos los acababa de estrenar hacia dos días.* Parecía como si todas las fuerzas se hubiese confabulado en contra mía. Con la pierna derecha cojeando logré llegar al ansiado teléfono, que estaba ni más ni menos que a tres kilómetros de allí. Después de la caminata casi me da un ataque, los botones estaban hechos polvo, pero por fin logré comunicar con alguien. Sólo le dio tiempo a decirme que la grúa estaba ocupada y que tardaría un... *¿Un minuto, una hora, un día, un mes, qué...?! ¡Maldición!, se cortó la comunicación, sin darme tiempo a decirle en qué lugar me encontraba tirada.* Histérica gritaba, *¡oiga, oiga, no me deje aquí tirada!*

Con la cabeza gacha y la moral a la altura del tobillo volví al coche, y allí me quede apoyada sobre el capó. Pasaron tres horas hasta que me recogió un camionero que transportaba animales porcinos. *Como podéis imaginar no me hacía ninguna gracia ir en un camión lleno de gorrinos, pero no paró ningún alma caritativa que se compadeciese de mí y me recogiese, al contrario, cuando pasaban se reían, y soltaban alguna barbaridad.* Al subir a la cabina el buen samaritano al

verla cara de asco que ponía me ofreció un pañuelo de papel. *Tome, tápese la nariz que estos olores son algo fuertes. ¿Fuertes? ¡Son irrespirables! ¡Qué pestazo hacían aquellos animales! Todavía no he podido quitarme de encima el tufo a cochino.*

Por la tarde volví allí, esta vez iba montada en la grúa con el mecánico. En unas horas de abandono, a mi pobre coche le habían quitado: las ruedas, los retrovisores, un faro, parte del motor, y hasta el asiento trasero. El mecánico, nada más bajar de la grúa me dio el diagnostico. *¡Muerte súbita! Aquí tenemos poco que hacer. Cómo lo han dejao al pobre.* Al ver el coche me quedé petrificada no podía reaccionar, me faltaba hasta la respiración. Mi cara debía ser un poema porque el mecánico tratando de consolarme me decía. *Mujer, no se lo tome así, mírelo por el lado positivo.* Yo ese lado no lo veía por ningún lado. *¿Qué lado? Esta usted enterita, no como el coche, ¿le parece poco? Sí, claro, visto así, el que no se consuela es porque no quiere. Bueno, usted dirá qué hacemos.* Yo muy digna contesté *¡Procedamos a su entierro!* Agarró el esqueleto que los buitres habían dejado, lo cargó en la grúa y salimos rápidamente de allí.